

El antropólogo como autor

Clifford Geertz.
Barcelona, Paidós, 1989

Desde el comienzo de *El antropólogo como autor*, C. Geertz nos advierte su propósito, su objeto y su apuesta teórica: «La relación entre *ars intelligendi*, arte de la comprensión, y *ars explicandi*, arte de la presentación, es, en antropología, tan íntima que ambas partes resultan básicamente inseparables.» Dejando un tanto de lado el debate entre las diversas corrientes metodológicas presentes en la antropología, el autor se concentra en estudiar las formas de escritura que han prevalecido y han creado nuevos «teatros discursivos».

El texto se acerca a cuatro de los más significativos autores de la antropología, Levi-Strauss, Evans Pritchard, Malinowski y R. Benedict, para intentar una aproximación sobre cómo se construye el discurso antropológico, para luego ver cómo se define el objeto «textual» y su lector arquetípico y cuáles son las relaciones que se establecen entre ellos.

Aceptar una vertiente literaria en la escritura antropológica es fácil. Lo difícil proviene de sus implicaciones teóricas, es decir, reconocer que una parte importante de la tarea consiste en la construcción de una identidad textual, la firma o medio por el cual el autor se manifiesta en el texto. Ello, unido a un discurso propio que, como modo específico, «autoriza» las historias narradas, queda muy alejado de las polémicas sobre la construcción de una ciencia de la cultura.

Una introducción tan abierta del aspecto literario, característico de la escritura en ciencias sociales, no hace sino reafirmar un espacio de incertidumbre, relativamente analizado en filosofía o historia, pero algo ignorado o silenciado en antropología. La explicación de este retraso puede encontrarse en el apego a una determinada tradición positivista que ha separado radicalmente l'écrit y l'écriture —lo que uno dice de cómo lo dice— en un deseo de evitar «contaminaciones» propias de la poesía o la novela.

Según Geertz la comprensión de los textos etnográficos proviene de un «contrato narrativo» que se establece entre el escritor y el lector y, que se soporta en unos presupuestos que son, a la vez, sociales, culturales y literarios.

Hoy en día la antropología asiste a una problematización acerca de cómo relatar, cómo resolver la dificultad de trasladar —contar acá— por medio de una historia lo ocurrido en un medio ajeno —allá—, reconociendo además que es estéril el recuerdo a la ciencia, a los discursos tautológicos o a la tradición científico-natural que desea que los hechos hablen por sí mismos. Es posible que los hechos hablen, pero para comprenderlos deben hacerlo en nuestra lengua y remitir a nuestros parámetros. El problema de crear discursos convincentes —persuadir— es, si no estrictamente, en gran parte un problema literario.

Ello se hace evidente para cualquiera que utilice un enfoque «YO-TESTIFICAL». Aquel que da cuenta de los hechos a modo de un testigo interior, alguien que somete la realidad a un «entente» sistemático con sus sucesivas redefiniciones

de «YO-AUTOR». En este sentido, las diferencias entre el «yo» que los autores crean —inventan— se corresponde con la forma textual empleada, al igual que esta última es definida por el yo.

Asumir plenamente la autoría de los textos etnográficos ha provocado el asistir a un momento marcado por un «YO AUTOR-SATURADO» en que resulta difícil diferenciar el «yo que el texto crea y el yo que crea el texto». La recreación de un espacio narrativo, especialmente la creación de un tropo particular que reafirme el haber estado allí, acentúan la elección de unos recursos y tropos discursivos que estructuren y enmarquen el relato.

La contemporaneidad entre objeto y texto ha constituido para la antropología uno de sus mayores atractivos. El habitar mundos distantes tanto geográficos como culturalmente permitió siempre al texto etnográfico una relativa libertad para definir la extensión y proyección del otro —allá— en su relato. Esta situación ha variado. La labor se complica más aún si reconocemos la dependencia que sufre la antropología de su formalización como discurso académico —letré—. De esta forma el estar aquí —teórica, personal y narrativamente— tiende a percibirse como una «intervención» sobre el objeto —allí.

La contracción del mundo supone, desde el punto de vista de la comunicación, el fin de la desconexión entre el público y el objeto, con la consiguiente quiebra —relativa— de la distancia y un repliegue del exotismo. Ello conlleva una redefinición del lector «ideal» del texto antropológico, que puede ubicarse indistintamente como objeto o sujeto. Siendo así, la incertidumbre narrativa («¿a quién hay que persuadir hoy?»).

En antropología, destaca Geertz..., «el pasado no sólo no está muerto, sino que ni siquiera es pasado». Estas palabras condensan en sí una de las obsesiones antropológicas más genuinas. El encuentro colonial como generador de una disciplina que aspira, por una parte, a proyectarse en el tiempo, cuando las condiciones de origen han parecido o variado radicalmente y, por otra parte, debe asumir dicha producción como un momento previo a la entrega de nuevos aportes. Si la descolonización supuso un remezón en las bases morales de la etnográfica respecto del «estar allí», los fundamentos epistemológicos han sufrido igual quiebra; ello se traduce en una «pérdida de fe en las historias aceptadas sobre la naturaleza de la representación, etnográfica o no, en lo que hace al «estar aquí».

Si el «estar allí», pasado y presente, sufre un cuestionamiento de fondo, y si además el «estar aquí» se empieza a estudiar y reconocer principalmente desde enfoques semióticos o estrictamente literarios, resulta urgente preguntarse sobre la naturaleza del conocimiento antropológico, es decir, saber cómo se sabe.

El objeto y medio han cambiado. Terminado el colonialismo, el modelo relacional «entre los que preguntan y miran y aquellos que son preguntados y mirados» debía cambiar necesariamente; en adelante, las convicciones sobre el qué hacer deberán ser administradas según el contexto de cada empeño; a su vez las conclusiones a las que se arrije deberán ser —necesariamente— individuales.

La propuesta de Geertz es clara. Si algún poder teórico emerge del accionar antropológico ello proviene de... «la conexión textual entre "Estar Allí" y "Estar Aquí"... (como) construcción imaginativa de un terreno común entre el "Escribir En" y "Escribir Acerca De"». Es aquí, en la raíz de esta conexión donde se ubica la virtualidad explicativa y evocativa de dichos textos.

En adelante las implicaciones entre la escritura antropológica y la narrativa serán insoslayables. Debemos intentar «saber cómo se vinculan las palabras con el mundo, los textos con la experiencia, las obras con las vidas». Asimismo, deberemos ser conscientes de la posible ingenuidad de asimilar las

palabras con la experiencia, al igual que en otro tiempo se hizo con las visiones naturalistas.

Entender el presente de la antropología resulta más complejo que ayer, pues se debe asumir la posibilidad que el «objeto» nos observe y que nuestros escritos sean leídos sólo como narraciones posibles entre otras muchas. Si la autoría y

el «otro» se densifican, tenemos como contrapartida una mejor ubicación de la labor etnográfica: en adelante, sugiere Geertz, «su responsabilidad... o su validación, no debe situarse en otro extremo que el de los contadores de historias que las soñaron».

Enzo Carrera

Ciencia y sociedad en España

J. M. Sánchez Ron (ed.).
Madrid, Ediciones El Arquero/
CSIC, 1988

Tiene la historia de la ciencia en España una larga tradición. Tanta como los debates sobre nuestros conflictos de identidad colectiva. Pero a diferencia del pasado, y beneficiados del desarrollo mundial de la disciplina, los investigadores actuales hacen una historia de más calidad, disponen de mayor número de documentos y de teorías y métodos más sofisticados. A pesar de esto, ¿tiene algo que decir la sociología a la historia? ¿es pertinente su intervención? Personalmente creo que sí, de la misma forma que la historia tiene cosas que decir a la sociología. Quizá el ejemplo más significativo de ese apoyo mutuo, por la altísima calidad de su producción, sea el Grupo de Sociología Histórica del Conocimiento Científico dirigido por el profesor Y. Elkana en la Universidad de Columbia.

La primera precisión sociológica corresponde al título del libro que aquí se revisa. Dado que apenas se ha trabajado la historia interna de la ciencia en España, la tendencia más generalizada consiste en asociar los avances o estancamientos de la producción científica con las facilidades o las dificultades que el contexto sociohistórico ha propiciado. Y aquí se presenta con frecuencia el primer problema teórico y metodológico: no se trata de analizar, como se hace en algunos capítulos de este texto, las relaciones ciencia/sociedad como si se tratara de dos estructuras autónomas, sino más de comprender cómo se ha desarrollado históricamente una ciencia en la sociedad y una sociedad en la ciencia.

A partir de esta precisión siguen surgiendo numerosos interrogantes que conviene tener en cuenta. ¿Hay sociedades que «necesariamente» tenían que producir ciencia, mientras que otras «necesariamente» estaban incapacitadas para ello? ¿Cuáles son los climas intelectuales, éticos y religiosos, políticos y económicos, de aquellas sociedades que han aportado avances significativos a la historia del conocimiento científico? ¿Es posible concluir que existe una determinación causal del contexto sobre la producción científica? En todo caso, y como señala un filósofo de la ciencia tan internalista como Laudan, necesitamos mejores explicaciones de las estructuras sociales que hacen posible que la ciencia funcione racional-

mente y que crezca. Porque aunque ningún sistema social es suficiente para garantizar el progreso y la racionalidad de la ciencia, ciertas instituciones sociopolíticas permiten mejor que otras el avance de la actividad científica.

Algunos de los textos incluidos por Sánchez Ron en este libro no solamente intentan responder a estos interrogantes, sino que conectan con los debates recursivos que sobre la ciencia española se plantearon ya en el XVIII y el XIX. Pero lo hacen de forma descriptiva, sin entrar en el núcleo central del problema y aceptando como resueltos ciertos puntos que siguen en el aire. ¿Qué es una ciencia nacional? ¿qué es un científico o a quien se podía considerar científico en España? La respuesta a estas preguntas debería constituir, a mi juicio, el punto de partida para los historiadores, implicándose en formulaciones que permitan navegar entre la ingente documentación actualmente disponible. Menéndez Pelayo es, en este sentido más audaz que muchos de los actuales historiadores. Nada de criterios restrictivos propios del positivismo: en su repertorio bibliográfico de la ciencia española incluye todo tipo de saberes, algo absolutamente aceptable a pesar de la reticencias de nuestros días. Ciencia es así la exégesis de las Sagradas Escrituras, la teología, los libros místicos y ascéticos, la filosofía, las ciencias morales y políticas, ciencias de la guerra, jurisprudencia, filología y humanidades, estética, preceptiva y crítica, ciencias históricas, ciencias matemáticas puras y aplicadas (astronomía, cosmografía y geodesia), ciencias militares y, finalmente, ciencias físicas y sus aplicaciones. ¿Y por qué no? Si esas disciplinas tienen buenos fundamentos teóricos y metodológicos, si son racionales y operativas, aceptemos que son científicas y, en consecuencia, habrá que hacer otra historia de la ciencia menos baconiana que la actualmente en vigor.

Pero detengámonos un momento en lo que, a mi juicio, sigue siendo el debate fundamental de los historiadores: ¿ha habido una ciencia significativa española? Dicho de otra forma: ¿se han producido aportaciones a la ciencia occidental desde España? La respuesta, a mi parecer, no es tan compleja como con frecuencia se ha formulado: ha habido ciencia homologable hasta el siglo XVII, justo en el momento en que se produce la revolución científica inglesa y la incorporación sucesiva de otras ciencias nacionales. La decadencia de la ciencia española coincide con el auge definitivo del conocimiento científico en otras sociedades europeas. A partir de ese momento, la ciencia española se desafasa y asume las novedades con décadas de retraso y sin hacer aportaciones significativas. *Ciencia y Sociedad en España* es así la historia de la recepción tardía y llena de dificultades de las innovaciones científicas foráneas por parte de profesores y estudiosos que leen textos que traducen y glosan para nuestro uso interno. Es la historia de la incorporación atrasada a lo que se hace fuera.

Por lo demás, la lucha por la ciencia en España reviste en cierto modo las mismas características que en otros países: fe en la ciencia *versus* resistencia a la misma. Esta división entre los que ven en la ciencia una amenaza revolucionaria para el universo simbólico ajustado al orden vigente y los que, por la misma razón, desean utilizarla como instrumento de reformas y cambios, ha constituido el campo de lucha ordinario